

## XII.

Parcialidades y bandos que aparecen en Corcira y en las demás ciudades griegas por causa de la guerra y de los daños que ocasionaba.

Esta sedición y guerra civil pasó tan adelante como arriba hemos contado. Y por haber sido la primera en aquellas partes, parecía mayor y más cruel, aunque después reinó casi en todas las ciudades de Grecia, porque la mayor parte de los del pueblo eran del partido de los Atenienses, y los grandes y principales seguían el de los Lacedemonios. Tales parcialidades y sediciones no las hubo antes de la guerra; mas después de comenzada, no cesaban de llamar en su ayuda los contendientes á los de su bando para hacer mal á los otros, porque los que buscaban novedades, tomaban de ello pretexto y ocasión para hacerlo. Esto produjo muy grandes males en las ciudades, y ocurrirán siempre mientras hubiere hombres inclinados á ello, mayores, menores, de varia manera, según que fueren los casos y mudanzas de las cosas; lo cual no sucede en tiempo de paz, porque entonces los hombres atienden más al bien de la república que al suyo particular, y nadie les obliga á estas enemistades. Mas la guerra, porque acarrea consigo la falta y necesidad de las provisiones y vituallas, y quita la abundancia de todas las cosas necesarias para la vida y mantenimiento cotidiano, haciéndose señora de todo por fuerza, fácilmente atrae la mala voluntad de muchos, á que sigan el estado y condición del tiempo de presente.

Por estas causas fueron en aquel tiempo turbados los Estados y Gobiernos de las ciudades de Grecia con sediciones y discordias civiles, pues sabido que en un lugar se había hecho alguna demasía ó insolencia por unos,

otros se disponían á otra mucho peor, ó por hacer alguna cosa de nuevo, ó por mostrarse más diligentes é ingeniosos que los primeros, ó más osados y atrevidos para vengarse, y todos estos males se excusaban nombrándolos con nuevos é impropios nombres, porque á la temeridad y osadía llamaban magnanimitad y esfuerzo, de manera que los temerarios y atrevidos eran tenidos por amigos y por defensores de los amigos; á la tardanza y madurez llamaban temor honesto, y á la templanza y modestia cobardía y pusilanimidad encubierta; la ira é indignación arrebatada, nombrábanla osadía varonil; la consulta, prudencia y consejo, pereza y flojedad. El que se mostraba más furioso y arrebatado para emprender la cosa, era tenido por más fiel amigo, y el que la contradecía por sospechoso. El que llevaba á ejecución sus tramas y asechanzas, era reputado por sabio y astuto, y mucho más aquel que prevenía las de su enemigo, ó conseguía que ninguno se apartase de su bando, ni tuviese temor á los contrarios. Finalmente, el más dispuesto para hacer daño á otro, era muy elogiado, y mucho más el que para hacerlo inducía á otro que no pensaba en tal cosa.

Esta formación de bandos era mayor entre extraños que entre parientes y deudos, porque aquéllos estaban más dispuestos á cualquier empresa sin excusa alguna, y porque estas juntas y concejos no se hacían por la autoridad de las leyes ni por el bien de la república, sino por codicia y contra todo derecho y razón. La fe y lealtad que se guardaba entre ellos no era por ley divina y religión que tuviesen, sino por mantener este crimen en la república y tener compañeros de sus delitos. Si alguno del bando contrario decía una razón buena, no la querían aceptar como tal, ni como de ánimo noble y generoso, si no les parecía que redundaba en su provecho. Más querían vengarse que dejar de ser ultrajados. Si hacían algún concierto con juramento solemne, duraba hasta tanto que una de las partes fuese más poderosa que la otra; pero la primera ocasión la aprovechaba por serle más segura y porque le parecía gran prudencia vencer al otro

por astucia y malicia, y también porque es cosa cierta que antes los malos (cuyo número es infinito) son llamados industrioso que los inocentes y sencillos buenos, y comunmente los hombres se afrentan de ser tenidos por simples é inocentes, y se glorifican de que les llamen malos y atrevidos.

Todo esto nace de la codicia de honras, que enciende el fuego de las parcialidades, porque los que eran cabeza de bandos en las ciudades daban color honesto á su partido: los que favorecían al común, que llaman democracia, defendían que todos fuesen iguales en la república, y los del partido de los grandes, que llaman aristocracia, decían que era justo que los más buenos y principales rigiesen y fuesen preferidos á los menores. Cada cual, pues, contendía por favorecer á la república de palabra, mas en la obra todo el fin de su debate y contienda era inventar unos males contra otros, por fuerza ó por manera de venganza y castigo, no mirando al bien común ni á la justicia, sino al deleite y placer de ver los unos el mal de los otros, ora fuesen injustamente condenados, ora violentamente oprimidos.

Siempre estaban dispuestos á ejecutar en el acto su mala voluntad sin respeto á la religión y acatamiento á los dioses en cosa que hiciesen ó contratasen, el que con palabras dulces y fraudulentas podía engañar á otro, era más temido y estimado. Si alguno había que quería ser neutral, lo mataban, ó porque no querían ser de su bando, ó por envidia de verle en reposo y exento de los males que los otros tenían. De manera que por estas sediciones y bandos toda la Grecia sufrió males innumera-bles, y los buenos y virtuosos, que por la mayor parte suelen ser generosos de ánimo, eran perseguidos, burlados y escarnecidos.

Tenían por cosa excelente prevenir los consejos y empresas de otros con traición y perfidia, y si alguna vez se reconciliaban, ni había seguridad en palabra que daban, ni temor al juramento que hacían, antes por la desconfianza que tenían unos de otros, más miraban por sí

para no sufrir mal, que daban fe á las palabras de su contrario. El consejo de los ruines valía más que el de los buenos y cuerdos, por ser más temerario é insensato y decidía para acometer cualquier empresa. Los prudentes y discretos, por la poca cuenta que hacían de los otros, confiando en que por su ingenio y destreza mejor proveerían las cosas de lejos que aquéllos, queriéndolas ejecutar antes por consejo y arte que por fuerza, muchas veces sufrían atropello de los más bajos y viles.

Ejemplos tales de osadía y temeridad se vieron en Corcira, porque los vencedores ejecutaban las cosas más por fuerza é ingenio que por derecho y razón, tomando venganza de los castigos injustos que habían impuesto los grandes á ellos y á sus amigos. Eso mismo hacían los pobres que querían enriquecerse y los que codiciaban los bienes ajenos, pensando alcanzarlos por vías ilícitas, una de las principales causas de estos males. Los que no se movían por avaricia, sino por ignorancia, mostraban más ira, pensando que les era lícito todo lo que hacían furiosos y sin freno, porque esta manera de vivir turbulenta y desordenada vencía todas las leyes y fueros, y la naturaleza del hombre, que antes estaba acostumbrada á obedecerlas, daba á entender que las quería violar voluntariamente, pues mostrándose más débil que la ira del vulgo, y más poderosa que las leyes, era enemiga de los que tenían bienes y hacienda, prefiriendo la venganza á la justicia y el robo á la inocencia; y por envidia á los poderosos y deseo de venganza, violaba las leyes, en las cuales todos deben esperar su salvación, sin reservarse otro medio para ayudarse en los peligros.

Todos estos males ocurrieron en Corcira antes que en las otras ciudades de Grecia, cuando Eurimedón estaba allí con su armada. Al ausentarse ésta, los que habían huído de la ciudad, que serían unos quinientos, tomaron los fuertes que estaban en tierra firme, recobraron todas sus tierras é hicieron muchas entradas en la isla, robando y talando la tierra y causando muchos daños, por los que la ciudad sufrió gran falta de víveres.

Después enviaron sus embajadores á los Lacedemonios y á los Corintios, pidiéndoles ayuda para tomar la ciudad; mas viendo que no se la daban, reunieron algunos barcos y soldados extranjeros, hasta seiscientos, con los cuales pasaron á la isla. Al saltar en tierra quemaron todos sus navíos, para no tener esperanza de volver, y ocuparon la montaña de Histonne, donde se hicieron fuertes, dominando en la tierra y haciendo mucho daño á los que estaban en la ciudad.

### XIII.

Los Atenienses envían su armada á Sicilia.—Sucesos que les ocurrieron al fin de aquel verano, en el invierno y al empezar el verano siguiente en Sicilia y Grecia.—Fundan los Lacedemonios la ciudad de Heraclea.

Al fin de aquel verano (1) los Atenienses enviaron veinte barcos á Sicilia, al mando de Laches, hijo de Menalipo, y de Cariades, hijo de Eufileto, porque los Siracusanos tenían guerra contra los Leontinos y estaban confederados en Grecia con todas las ciudades de la tierra de Doria, excepto con los de Camerina, y los Dorios tenían alianza con los Lacedemonios antes que comenzasen la guerra, aunque no fueron en su compañía. También los Locrenses tenían amistad en Italia, y los Leontinos por amigos á los Calcidenses y Camarinos.

En Italia, los de Regio, que eran de su nación y deudos, como aliados de los Leontinos, pidieron á los Atenienses, así por la antigua amistad, como porque eran Jonios de nación, que les enviaras de socorro algunas naves para su defensa contra los Siracusanos, sus comarcanos, que les querían impedir el comercio por mar

---

(1) Antes del 17 de Octubre.

y tierra Los Atenienses otorgaron su demanda y enviaron sus barcos so color de la amistad que tenían con ellos, aunque á la verdad, más era para estorbar que viniesen víveres de Sicilia al Peloponeso, y por si podían conquistar Sicilia.

Al llegar la armada de los Atenienses á Regio, comenzó la guerra contra los Sicilianos en compañía de los de Regio, pero sobrevino el invierno que la interrumpió.

Al principio del invierno (1) se recrudeció en Atenas la peste, que nunca había cesado del todo sino por intervalos de tiempo: esta vez duró un año, y antes había durado dos sin interrupción, que fué la cosa que más debilitó y quebrantó las fuerzas y poder de los Atenienses. En esta postre epidemia murieron más de cuatro mil y trescientos hombres de armas, y trescientos de á caballo, sin lo restante del pueblo, que fué gente innumerable.

También hubo grandes y repetidos terremotos, así en Atenas como en Eubea y en toda Beocia, pero mucho más en Orcomenia.

En este invierno los Atenienses que quedaron en Sicilia con los de Regio, con treinta barcos, atacaron las islas de Eolo, en Sicilia, haciéndolo en invierno porque en verano no hay agua fresca en ellas.

Estas islas las habitan los Liparenses, que traen su origen de los Gnidios Griegos, y principalmente moran en una de ellas, llamada Lipara, que no es muy grande, y desde la cual pasan á las otras, que son Didima, Strongile y Hierá, para cultivarlas. En Hierá creen los moradores que el dios Vulcano tiene sus herrerías, porque de noche ven salir gran fuego y de día gran humo. Todas estas islas están situadas en la parte de Sicilia y tierra de Mesina y entonces seguían el partido de los Siracusanos, por lo que los Atenienses y los de Regio, de consuno, les atacaron; y viendo que no se rendían arrasaron las tierras, y se volvieron á Regio.

---

(1) A fines de Octubre.

Este fin tuvo el quinto año de la guerra, que escribió Tucídides.

Al principio del verano (1) siguiente los Peloponenses y sus aliados se reunieron otra vez para entrar en Atica, y llegaron hasta el Estrecho del Peloponeso, al mando de Agides, hijo de Arquidamo, rey de los Lacédemonios. Mas al sentir los terremotos diarios se retiraron sin entrar en la tierra. Estos terremotos fueron tan grandes, que en Eubea el mar creció hasta anegar la mayor parte de la ciudad de Oroba, y aunque bajaron las aguas, siempre quedó sumergida parte de ella, ahogándose ó peligrando los habitantes que no tuvieron tiempo para subir á lo más alto. Igual inundación hubo en la isla de Atalate, junto á tierra de los Locrenses, en la cual se anegó y cayó una parte del castillo que los Atenienses tenían, y de dos barcos que había en el puerto uno dió en tierra de manera que fué destrozado. También la hubo en la ciudad de Pefarete, pero no se anegó nada, sino que el terremoto derrocó una parte de la muralla con el palacio y otras muchas casas.

Las causas de estas inundaciones fueron á mi parecer los temblores de tierra, porque de la parte que tembló más reciamente sacudió y lanzó la mar, la cual, á su retorno, con gran fuerza é ímpetu causaba tales avenidas.

En este mismo verano (2) ocurrieron algunos hechos de guerra en Sicilia, así por parte de los extraños como por los mismos de la tierra, y principalmente por los Atenienses y sus aliados. Los más memorables de que tengo noticia fueron éstos: Siendo Cariades capitán de los Atenienses, muerto en batalla por los Siracusanos, Laches, que quedaba por capitán de la armada, fué con su gente de guerra derechamente contra la ciudad de

(1) Sexto año de la guerra del Peloponeso. Segundo de la 87 Olimpiada, 427 antes de la Era vulgar. Después del 13 de Abril y antes del 21 de Junio.

(2) Sexto año de la guerra del Peloponeso. Tercero de la 87 Olimpiada, 426 antes de la Era vulgar. Después del 21 de Junio.

Milesia en tierra de Mesina, donde había dos capitánias de los Mesineses. Estos hicieron una emboscada y salieron contra los Atenienses y sus aliados, quienes los dispersaron, pusieron en huida y mataron muchos. De este hecho quedaron tan amedrantados los de la ciudad, que viendo venir á los Atenienses y sus aliados hacia ella, se rindieron con ciertas condiciones y les dieron rehenes y toda clase de seguridades.

También este verano los Atenienses enviaron treinta barcos á la costa del Peloponeso á las órdenes de Demóstenes, hijo de Alcistenes, y de Procles, hijo de Teodoro, y otras sesenta contra la isla de Melo, con dos mil combatientes, mandadas por Nicias, hijo de Nicerrato, porque los Melios negaban obediencia á los Atenienses, y no querían contribuir para las guerras. Mas después que les talaron las tierras, los hicieron venir por la fuerza á partido, y desde allí pasaron á Oropo, que está frente á esta isla en tierra firme. Llegados á este puerto, casi de noche, salieron todos armados de sus naves y fueron directamente á la ciudad de Tunagre, que está en Beocia. Por tierra llegó también gran hueste de los Atenienses al mando de Hiponico, hijo de Calleas, y de Eurimedón, hijo de Tucles, los cuales, al juntarse con sus compañeros de mar, plantaron su campo delante de la ciudad, donde estuvieron todo aquel día haciendo muchos males en la tierra. Al día siguiente salieron contra ellos los de la ciudad con algún socorro que les había llegado de Teme, mas los Atenienses les hicieron retroceder mal de su agrado; mataron muchos y los vencieron, y de las armas y despojos que les tomaron, levantaron trofeo en señal de la victoria delante de la ciudad. Después volvieron al punto de salida, los unos á las naves y los otros á la ciudad, y los que iban con Nicias, después de robar la tierra, se embarcaron, regresando á sus tierras.

En este mismo tiempo los Lacedemonios fundaron la ciudad de Heraclea, en tierra de Traquina, y la poblaron con gente de su nación, por lo cual los Milios están

divididos en tres pueblos: los Paralios, los Hierios y los Traquinos. Estos Traquinos, molestados con guerras por sus vecinos los Oeteos, fueron de parecer al principio de llamar á los Atenienses en su ayuda; pero no fiándose de ellos completamente, enviaron también á Tifamenes como embajador á los Lacedemonios, que igualmente fué en representación de los Dores, ciudad metropolitana de aquéllos, y acometida por los mismos Oeteos. Los Lacedemonios, oída su embajada, determinaron enviar gente de su nación á que poblasen una ciudad, así para defensa de los Traquinos y Dorios, como porque les pareció que les vendría muy á propósito para la guerra con los Atenienses, á causa de que desde la ciudad de Heraclea hasta Eubea había poco trecho de mar de pasar, y por tanto, podrían sin peligro organizar allí su armada contra los de Eubea, teniendo además muy buena guarida para cuando quisiesen ir á Tracia. Por estas razones procuraron fundar allí aquella ciudad, y primeramente lo consultaron con el oráculo de Apolo, cuyo templo está en Delfos, el cual les otorgó su demanda. Envieron sus pobladores, así de sus tierras como de las de sus vecinos y comarcanos, mandando pregonar públicamente que darian licencia á todos los que quisiesen ir á morar en ella, excepto á los Jonios y á los Aqueos.

Para fundar y poblar esta ciudad dieron el encargo á tres de sus ciudadanos, Leontes, Alcidas y Damagotes, quienes, hecho el repartimiento de la tierra entre los que fueron á poblar, cercaron la ciudad de muralla y ahora se llama Heraclea, que dista de los montes de Termópilas cuarenta estadios, y de la mar medio estadio. Allí comenzaron á construir atarazanas para tener sus naves junto á Termópilas y su estrecho y estar más seguros.

Fundada esta ciudad, los Atenienses al principio tuvieron algún temor, viendo que estaba cerca la isla de Eubea, y que desde allí había muy poco mar que atravesar hasta la ciudad de Cenea, situada en Eubea; pero ningún daño les sobrevino, á causa de que los Tesalos,

que dominaban la tierra, en cuyos términos se había fundado la ciudad, sospechando ser vecinos que podían llegar á ser más poderosos que ellos, comenzaron á molestar á los nuevos pobladores con guerras, obligando al mayor número á abandonar la ciudad que al principio había sido muy poblada por multitud de gentes de todas partes, esperando que sería lugar seguro y firme por fundarla los Lacedemonios, y al poco tiempo quedó con escasos moradores. Culpa de esto tuvieron también los caudillos que los Lacedemonios enviaron con los nuevos pobladores, por tratarles mal y desalentarlos en lugar de animarlos contra sus enemigos, quienes, con esto, les vencieron más pronto y fácilmente.

## XIV.

Demóstenes, capitán de los Atenienses, parte de Leucadia con su armada para combatir á los Etolios y es vencido.—Varios hechos de guerra de los Atenienses en Sicilia.

En este mismo verano, al tiempo que los Atenienses estaban en Melo, treinta de sus naves que recorrian la costa del Peloponeso arribaron junto Eomene, en la región de Leucadia, y allí en una emboscada mataron y prendieron algunos de los hombres de guerra que estaban de guarnición. Después con toda el armada fueron sobre Leucadia, llevando en su compañía á todos los Acarnanes, excepto los Eniades y Zacintos y Cefalenios. Con su armada iban también quince naves de los Corcirenses, y con tan gran poder, robaban y talaban todas las tierras de Leucadia, así las que están dentro del estrecho como fuera, y hasta el templo de Apolo, que estaba junto á la ciudad. Mas los ciudadanos de Leucadia, á pesar de los daños que sufría su tierra, no osaron salir fuera de su ciudad. Viendo esto los Acarnanes pidieron con grande instancia á Demóstenes, capitán de los Atenienses, que

los sitiara esperando ganar la ciudad fácilmente y verse así libres y seguros en adelante de estos Leucadios, que eran sus antiguos enemigos. Mas Demóstenes, que á la sazón daba más crédito á los Mesenios, fué persuadido por éstos de que dejase la empresa de Leucadia, y la emprendiera contra los Etolios, teniendo para ello tan buena armada y tan gran poder, así porque estos Etolios eran enemigos capitales de los de Naupacto, como porque decían que, siendo vencidos, fácilmente someterían después todo lo restante de Epiro al señorío y obediencia de los Atenienses. Y aunque los Etolios fuesen muchos y buenos guerreros, parecía á los Mesenios que podrían ser vencidos y conquistados pronto porque sus ciudades y villas, no cercadas de murallas, estaban muy distantes entre sí, no pudiendo socorrerse fácilmente, y porque los moradores se encontraban mal armados y á la ligera.

Eran de parecer que primeramente fuesen atacados los Apodotes, y tras ellos los Ofiones y los Euritamos, que son la mayor parte de los Etolios, y eran campesinos, salvajes, fieros y bárbaros en sus costumbres y lenguaje, llamándoseles Omofagos, que quiere decir comedores de carne cruda. Vencidos éstos, creían que fácilmente sujetarían á todos los demás. Este consejo pareció muy bien á Demóstenes, así por el crédito que daba á los Mesenios; como porque creía que, teniendo consigo los Epirotas y los Etolios, podía muy bien, sin otra armada de los Atenienses, ir por tierra á hacer la guerra á los Beocios, tomando el camino de los Locrenses, Ozoles y Citiones, y por la parte de Doria, que está á la mano siniestra del monte Parnaso, descendiendo de allí á la tierra de los Tocenses que confinan con Beocia. Esperaba inducir á estos Tocenses á que le diesen paso por su tierra y ayuda, por la antigua amistad que tenían con los Atenienses, y si no obligarles á hacerlo por fuerza.

Decidido á ejecutar esta empresa, mandó retirar toda su armada que estaba sobre Leucadia, y se fué por mar hasta Solión contra la voluntad de los Acarnanes, á quienes había comunicado su designio; y viendo que no lo

aprobaban, antes les pesaba y se enojaban con él porque no había perseverado en el cerco de Leucadia, partió sin ellos con lo restante de la armada, donde iban solamente los Cefalios y los Mesenios, y con trescientos marinos Atenienses que tenía en sus naves, pues los quince na- vios de los Corcirenses se habían apartado ya de la ar- mada. Partió del puerto de Oenone en la Loeria. Estos Locrenses estaban confederados con los Ozoles y obli- gados, por tanto, á servir y ayudar á los Atenienses con todas sus fuerzas cuando hiciesen la guerra á las tierras mediterráneas. El socorro les venía muy á propósito para dicha empresa, porque los Ozoles eran vecinos de los Etolios, se armaban como ellos y sabían la tierra y la forma que tenían de pelear.

Partido Demóstenes con su armada, arribó al puerto y templo de Júpiter en Nemea, donde se dice que fué muerto el poeta Hesiodo por los naturales, de quienes nada temía, porque le profetizó el oráculo que moriría en Nemea, y él entendió la ciudad de Nemea, siendo aquel lugar el templo de Júpiter que tenía por sobrenombré Nemea. Demóstenes partió de este lugar al alba con toda su armada para entrar en Etolia, y el primer día tomó la ciudad de Potidamia por fuerza; el segundo, la de Crosilion, y el tercero la de Tición, donde descansó algunos días, y de allí envió los efectos que había to- mado á la ciudad de Eupolión en Locria. Proponíase, después de sojuzgar todo lo restante de esta provincia á su vuelta de Naupacto, ir á conquistar los Ofiones si no se entregaban. Mas los Etolios, avisados de su venida, determinaron salir al encuentro, y al entrar por sus tie- rras se reunieron los vecinos y comarcanos, y principal- mente los Ofios que habitan al cabo junto al golfo lla- mado Miliaque, y los Bomios y los Gallienses.

Mientras estos pueblos se juntaban, los Mesenios, perseverando en el parecer que habían dado á Demóste- nes de que los Etolios serían fácilmente vencidos, le aconsejaron que partiese de allí lo más pronto posible, y podría ganar las ciudades y villas de toda aquella tierra

antes que los enemigos acabaran de reunirse. Demóstenes siguió este consejo confiado en su buena fortuna, porque hasta entonces ninguna cosa le había salido mal. Sin esperar el socorro de los Locrenses, que le era bien necesario por ser ballesteros experimentados en tirar, y, armados á la ligera, fué sobre Egipcia y la tomó sin resistencia, porque los habitantes la abandonaron, retirándose á los montes alrededor de la ciudad, situada en un cerro á ochenta estadios distante de la mar (1). Ya todos los Etolios habían llegado, alojándose en diversos lugares de las montañas, y todos á una vinieron á dar sobre los Atenienses y sus aliados por todas partes con muchos tiros de dardo y de piedra. Cuando éstos revolvían sobre ellos se guarecían en las breñas, y cuando se retiraban los seguían. Duró gran rato esta escaramuza, en la cual los Atenienses llevaban la peor parte, así cuando acometían á los contrarios como cuando se defendían de ellos, aunque mientras los suyos tuvieron abundancia de dardos se defendieron muy bien. Los Etolios, armados á la ligera, cuando veían ir hacia ellos los flecheros contrarios, se retiraban; pero muerto el capitán de los flecheros, los que quedaban, muy cansados y apremiados por los enemigos, volvieron las espaldas y se pusieron en huida, y lo mismo hicieron los Atenienses que allí quedaban con sus aliados y compañeros. Huyendo todos sin orden, metíanse entre las peñas, rocas y sitios sin salida, no teniendo quien los guiase, porque el Mesenio Quiomion, que era su caudillo y guía, había muerto en la batalla. Por esta causa hubo muchos muertos en la retirada, pues los Etolios, todos armados á la ligera, los seguían al alcance y los herían y mataban sin peligro, teniéndolos atajados y tomados los pasos, de modo que no sabían por donde huir. Algunos que se habían guarecido en las selvas y bosques, sin caminos y senderos, pensaron salvarse, más los Etolios incendiaron los bosques y fueron todos quemados. No había especie de muerte y de

---

(1) Unas tres leguas.

huída que no se viese entonces en el ejército de los Atenienses, y con gran dificultad escaparon muy pocos vivos de la batalla, salvándose en Enone, que está en Locria, de donde habían partido. Murieron de los aliados gran número, y de los Atenienses ciento veinte hombres de los mejores guerreros de todo el ejército, entre ellos Procles, uno de los capitanes.

Pasada esta derrota, los Atenienses vencidos reconocieron la victoria á los contrarios, y recibieron sus muertos para darles sepultura, volviendo á Naupacto y desde allí á Atenas.

Demóstenes, su caudillo y capitán, se quedó en los lugares cercanos á Naupacto por temor á los Atenienses á causa de esta derrota.

En este mismo tiempo, los Atenienses que andaban por la costa de Sicilia navegando, aportaron á Locros, saltaron á tierra y tuvieron un encuentro con los Locrenses, siendo éstos vencidos en un paso que guardaban, tomandoles la villa de Peripoleon, situada junto al río Haleces.

## XV.

Euriloco, capitán de los Peloponenses, no puede tomar la ciudad de Naupacto, y por consejo de los Ambraciotes, emprende la guerra contra los Anfiloquios y los Acarnanes. Los Atenienses purifican y dedican la isla de Delos.

Aquel mismo verano, los Etolios, cuando supieron la empresa de los Atenienses contra ellos, enviaron como embajadores á los Lacedemonios y á los Corintios á Tolofo, á Boriade y á Tisandro, para pedirles auxilio contra la armada de los Atenienses que había llegado á Naupacto. Los Lacedemonios les enviaron tres mil hombres de sus aliados, todos muy bien armados, entre los cuales había quinientos soldados de la ciudad de Heraclea,

fundada y poblada por ellos. De este ejército fué capitán Euriloco, y le dieron por compañeros á Macario y á Menadato, todos tres Espartanos.

Reunida su hueste junto á Delfos, Euriloco envió un trompeta á los Locrenses y á los Ozoles pidiéndoles que le enviarasen su gente de socorro, porque querían ir desde allí á Naupacto, y también lo hacía por atraer á su devoción á estos Locrenses y Ozoles y apartarlos de la amistad y alianza con los Atenienses como ya había apartado á los Anfisios, que por odio y temor á los Tocenses se habían rendido los primeros y les habían dado rehenes. Esto indujo á todos los otros á rebelarse contra los Atenienses, porque estaban muy amedrantados de ver el gran ejército de los Lacedemonios. Los primeros fueron los Miones, sus vecinos y comarcanos de los Locrenses por donde su tierra no es accesible, y tras ellos los Hipnesios, los Mesapios, los Tritanos, los Caleos, los Tolofonios, los Hescos, los Eantios, todos los cuales fueron á esta guerra con los Peloponenses.

Algunos no quisieron ir, como los Olfios, y dieron rehenes. Otros no quisieron hacer lo uno ni lo otro, como los Hienios, hasta que una villa suya nombrada Poles, fué tomada por fuerza.

Habiendo Euriloco ordenado todas las cosas necesarias para la guerra, y enviados los rehenes que tenía de todos á la villa de Citinia en Doria, dirigióse con su ejército por tierra de los Locrenses para ir á la ciudad de Naupacto, y en el camino ganó por fuerza la villa de Oenone, que era de los Locrenses, y la de Eupolion, que no se quiso rendir de grado. Ya que estaba bien adentro en territorio de Naupacto, llegó el socorro de los Etolios, y todos juntos comenzaron á robar y talar la tierra y las villas y lugares que no estaban cercados. Despues fueron contra la ciudad de Moliction, pueblo de los Corinthios, aunque seguía el partido de los Atenienses, y la tomaron.

Estaba á la sazón en aquella parte de Naupacto Demóstenes, capitán de los Atenienses, que, como arriba

contamos, se había quedado allí después de la derrota en Etolia por temor á los Atenienses. Cuando supo la venida de los enemigos fué derecho á los Acarnanes, é hizo tanto con ellos que les persuadió le diesen mil hombres de guerra de ayuda: los cuales metió por mar dentro de la ciudad de Naupacto, no sabiendo cómo podría defenderla por ser muy grande en circuito y tener poca gente de guarnición. Este socorro lo dieron los Acarnanes de mala gana, á causa del enojo que le tenían, porque no había querido ir sobre Leucadia, como le rogaron antes.

Cuando Euriloco supo que el socorro de los Atenienses estaba dentro de la ciudad, y que no la podría tomar, partió con su ejército, y sin volver al Peloponeso fué de rechamente á Eolia, que ahora llamamos Calidonia, y á Pleuron y á otros lugares cercanos de la Etolia. Estando allí vinieron á él los mensajeros de los Ambraciotes, y le avisaron que si quería tomar su consejo podría muy bien con su ayuda ganar la ciudad de Argos y todo lo restante de la tierra de Amfiloquia y tras esto la región de Acarnania: y que hecho esto, podría fácilmente atraer á la alianza de los Lacedemonios toda la tierra de Epiro. Con este motivo, y con la esperanza de esta empresa, Euriloco no pasó más adelante en Etolia esperando el socorro de los Ambraciotes, y entretanto pasó aquél verano.

A la entrada del invierno los Atenienses, que estaban en Sicilia con sus aliados y los que eran de su partido contra los Siracusanos, sitiaron á Nisa, en cuyo castillo los Siracusanos tenían guarnición: más viendo que no la podían tomar partieron de allí, y al retirarse salieron los que estaban en el castillo y atacaron la retaguardia de los Atenienses desbaratándola y matando á muchos.

Pasado esto, Laches y los otros que estaban en las naves, saltaron á tierra en Loeria, junto al río de Carcine, donde se encontraron con los Locrenses que venían en compañía de Proxeno, hijo de Capaton, y los derrotaron, prendiendo trescientos que despojaron y después soltaron.

En este mismo invierno los Atenienses, por mandato del Oráculo, purificaron la isla de Delos, que mucho tiempo antes Pisistrato el tirano había purificado, aunque no toda, sino solamente la parte que se ve del templo: fué toda purificada de esta manera. Primeramente mandaron quitar todos los sepulcros de los que sepultaron en Delos, y pregonaron que en adelante ninguno pudiese morir ni nacer en toda la isla, y los que estuviesen cercanos á la muerte fuesen llevados á la de Renia. Esta isla de Renia está tan cerca de la de Delos, que Polícrates, el tirano de los Samios en aquel tiempo, dominó muchas islas de aquella mar, por ser muy poderoso por mar, y habiendo tomado la de Renia hizo una cadena que atraviesa desde ella hasta la de Delos, consagrando toda la isla al dios Apolo. Despues de esta última purificación los Atenienses establecieron y dedicaron una fiesta solemne, de cinco en cinco años, en honra del dios Apolo, por ser antigua costumbre celebrar allí grandes fiestas, á las cuales iban los Jonios y los moradores de las otras islas cercanas con sus mujeres é hijos (como hacen al presente en Efeso), y en ellas había contiendas, luchas y otros ejercicios, y toda clase de juegos, danzas y músicas, como se ve en los siguientes versos de Homero:

*Entonces tú, Apolo, en Delos  
Te estás á placer y holgando  
Cuando los Jonios saltando  
Con sus mujeres é hijuelos  
Vienen en danzas cantando.*

Que había certamen de música, yendo á contender los músicos, lo significa cuando alabando el coro y danzas de las mujeres de Delos expresa sus loores en estos versos, donde también hace mención de sí, diciendo que era ciego y que moraba en Chio:

*Salvo seáis y con vida  
Tú, Apolo, y tú, Diana,  
Y á todos en mi partida  
Saludo de buena gana.*

*Y mirad, os ruego yo,  
Si acaso os piden razón  
De aquel iucundo varón  
Que por aquí conversó  
Y con música alegró  
A todos el corazón.*

*Responded luego á la hora,  
Porque no caigáis en falta:  
Fué un varón ciego que mora  
En Chio la áspera y alta.*

En estos versos Homero significa que antiguamente había en Delos numerosa reunión de gentes, y que se celebraban allí grandes fiestas, aunque después andando el tiempo los insulares y los Atenienses dejaron los coros, danzas y bailes y los sacrificios, y las contiendas y juegos, y todo cesó por las adversidades y miserias, hasta que los Atenienses restablecieron entonces los juegos é instituyeron las carreras de caballos que no se conocían antes en Delos.

## XVI.

Euriloco y los Ambraciotes son derrotados por Demóstenes, y los Acarnanes y Anfiloquios dos veces en tres días. Deslealtad de los Peloponenses con los Ambraciotes.

En este invierno los Ambraciotes, con su ejército, salieron al campo, según prometieran á Euriloco, y entrando en los términos de Argos en Amfiloquia con tres mil hombres bien armados, tomaron la villa de Olpas que está situada en un collado, y tenía un muro muy fuerte por la parte de mar, en la cual los Acarnanes, sus primeros fundadores, tenían su tribunal para los pleitos y causas comunes de la provincia, porque no distaba de la ciudad marítima de Argos más de veinticinco estadios. Sabido esto por los Acarnanes, enviaron alguna de su gente para socorrer á Argos, y por otra

parte se fueron á alojar en un lugar llamado Fuentes, en Amfloquia, para impedir que los Peloponenses que venían con Euriloco pudiesen pasar á Ambracia y juntarse con los Ambraciotes sin que ellos lo supiesen. También enviaron mensajeros á llamar á Demóstenes, capitán de los Atenienses que estaba en Etolia, para ser su caudillo, y á Aristóteles, hijo de Timócrates, y á Hierofón, hijo de Atimnesto, que mandaban veinte barcos de los Atenienses y navegaban por la costa del Peloponeso, para que viniesen á socorrerlos.

Por su parte, los Ambraciotes que estaban en Olpas ordenaron que todos los de su ciudad fueran en su ayuda, porque sospechaban que Euriloco no pudiese pasar con su ejército por Acarnania para unirse á ellos, siéndoles forzoso pelear solos con los enemigos, ó retirarse con gran pérdida y daño suyo.

Al saber Euriloco y los Peloponenses que con él estaban, esta empresa de los Ambraciotes, partieron del lugar de Prosquios, donde tenía asentado su campo, para juntarse con ellos, y dejando el camino de Argos, pasaron por el río Aqueilos, caminando por tierras de Acarnania que nadie defendía, y dejando á mano derecha la ciudad de Estracia, donde había buena guarnición, y á la siniestra toda la tierra de Acarnania. Cuando pasaron por Pitia y por los confines de Medeón, y después por Límnia, lugares todos de Acarnania, entraron en tierra de Argos, que ya no era amiga de los Ambraciotes, y atravesando por el monte Tínno, que es estéril y yermo, llegaron de noche á la ciudad de Argia. Desde allí pasaron entre la ciudad y la tierra de Acarnania rápidamente sin ser sentidos, y al amanecer se unieron á los Ambraciotes, fijando todos juntos su campo delante de la ciudad llamada Metrópolis.

Pocos días después, las veinte naves de los Atenienses que venían en socorro de los de Argos, arribaron al golfo de Ambracia, é inmediatamente Demóstenes, con doscientos Mesenios muy bien armados, y sesenta arqueiros Atenienses y con los soldados que venían para

guarda de las naves, salieron á campaña hacia Olpas. Por su parte los Acarnanes, y algunos de los Amfiloquios, porque los demás estaban ocupados contra los Ambraciotes, al llegar á Argos se aprestaron para ir contra sus enemigos, pero al saber la llegada de Demóstenes en su ayuda, se unieron con él y le hicieron su caudillo con los otros capitanes de su tierra, sentando el campo junto á la villa de Olpas y cerca de los enemigos, de los que sólo les separaba una peña grande, y así estuvieron cinco días unos y otros sin hacerse mal ninguno. Al quinto día se aprestaron á la batalla, pero por ser los Peloponenses mucho más en número, Demóstenes, temiendo le cercaran, organizó una emboscada en un valle hondo, cubierto de espesuras, de cuatrocientos hombres armados de armas gruesas y á la ligera, y mandóles que cuando viesen trabada la batalla saliesen de la celada y viniesen á dar con gran ímpetu sobre los enemigos por la espalda. Los demás los repartió en seis escuadrones en orden para pelear como mejor le pareció, quedando él en el ala derecha con los Mesenios y los pocos soldados Atenienses que tenía, y á la siniestra puso los Acarnanes según venían armados, y con ellos los Amfiloquios, todos tiradores y ballesteros.

De la parte contraria los Peloponenses y los Ambraciotes estaban mezclados, excepto los Mantineos, que venían todos en el ala izquierda y á vanguardia de ella, porque en la extrema izquierda se había puesto Euriloco con los suyos, por tener de frente á Demóstenes. Comenzada la batalla en este orden, y cuando todos vinieron á las manos, viendo los cuatrocientos que estaban en emboscada que los Peloponenses de la izquierda cercaban y trabajaban por encerrar á los Atenienses, dieron sobre ellos por la espalda de tal manera, que sus enemigos no pudieron sostener el ímpetu de los contrarios, siendo desbaratados. Al ponerse en huída mostraron el camino á la mayor parte de sus compañeros del ala derecha para que huyesen también, pues al ver aquellos al escuadrón que guíaba Euriloco, que era el más fuerte, desbarata-

do, perdieron ánimo para defenderse, y los Mesenios que iban con Demóstenes procuraron fatigar á sus enemigos. No por esto los Ambraciotes, que estaban á la derecha de los Peloponenses, se mostraron menos animosos, sino que vencieron á los contrarios, los hicieron huir y fueron á su alcance hasta Argos. Estos Ambraciotes son en verdad muy valientes y más belicosos que todos sus vecinos. Al volver de la persecución, viendo á casi todos sus compañeros desbaratados y vencidos, y que los enemigos iban contra ellos, se retiraron con gran pérdida, y no sin trabajo se salvaron dentro de Olpas. Muchos fueron muertos al retirarse por ir dispersos, excepto los Mantineos, que lo hicieron en orden. Duró la batalla hasta la noche, que separó á los contendientes.

Al dia siguiente Menedeo, que había sido la noche antes elegido caudillo en lugar de Euriloco y Macario, que murieron en la batalla, se halló muy perplejo, no sabiendo qué hacer, pues por haber sido muy grande la pérdida por su parte, no había manera de poder defender la villa, que estaba cercada por mar y por tierra, ni de retirarse sin gran daño. Acordó, por tanto, parlamentar con Demóstenes y los capitanes de los Acarnanes; pedirles sus muertos para sepultarlos y licencia para que la gente de guerra que estaba dentro de la villa pudiese salir y marcharse con su bagaje. Los capitanes Atenienses le otorgaron los muertos, hicieron enterrar también los que habían muerto de su parte, que serían hasta trescientos, y levantaron trofeo en señal de victoria; pero la licencia para salir de la villa no se la quisieron otorgar abiertamente, antes lo rehusaron en público á todos, aunque en secreto la dieron á los Mantineos, á Menedeo, á todos los capitanes Peloponenses y á otros hombres de su nación, procurando por este medio privar á los Ambraciotes de todos los soldados extranjeros que les ayudaban é infamar á los Lacedemonios y Peloponenses entre todos los Griegos como traidores, que hacían conciertos aparte sin comprender en ellos á sus aliados.

Habiendo los de la villa sepultado sus muertos lo mejor que pudieron en aquel apuro, los que tenían licencia para salir trataron secretamente la manera de irse. Entretanto avisaron á Demóstenes y á los Acarnanes, que los Ambraciotes que habían partido de su ciudad para socorrer á los suyos que estaban en Olpas, según se les mandó, estaban en camino por tierra de Amfloquia, sin saber la derrota de los suyos; y envió parte de su ejército para que les atajase el paso y ocupase los lugares más fuertes, y las demás fuerzas que quedaron las repartió y puso en orden para socorrer á los primeros y dar de pasada sobre los Ambraciotes.

Entre tanto, los Matineos y los que habían hecho tratos para marcharse, se salían de la villa pocos á pocos fingiendo que iban á coger hortaliza y leña al campo, y cuando estaban algún tanto alejados daban á correr hacia el campo de los enemigos. Viendo esto los Ambraciotes, que asimismo habían salido á coger hierbas y leña los seguían, también corriendo por alcanzar á sus compañeros. Entonces los soldados Acarnanes, que no sabían nada de los conciertos secretos que Demóstenes y sus capitanes habían hecho con los Peloponenses, creyendo que todos los que salían de la villa se iban sin licencia empezaron á perseguirlos, y porque ciertos capitanes que allí se hallaban les querían estorbar que los siguiesen, diciendo que aquéllos tenían licencia y salvoconducto para irse, se atrevieron algunos soldados á herirlos, pensando que les mentían y que había traición; pero al fin, sabiendo que los Peloponenses tan sólo tenían salvoconducto, los dejaban ir y mataban á los Ambraciotes, aunque había grandes cuestiones para diferenciar quién era Ambraciote y quién Peloponense. En esta revuelta hubo más de doscientos muertos, los otros todos se salvaron con gran dificultad en la cercana villa de Agrayda, donde fueron recogidos por Scelintios, rey de aquella tierra, que era su amigo.

Los Ambraciotes que venían de su ciudad en socorro de éstos llegaron á un lugar llamado Idumene, en el

cual había dos collados, tomaron de noche el mayor los que Demóstenes enviara delante sin que los Ambraciotes lo supiesen, pues habían ocupado ya el menor, donde se alojaron, y estuvieron todo aquel día y la noche siguiente sin sospechar mal alguno. Avisado Demóstenes de su venida partió del campamento al anochecer con su ejército, llevando la mitad consigo, y la otra mitad mandó que marchase por los montes de Amfiloquia, é hizo tal y tan buena diligencia, que al rayar el alba vino á dar sobre los enemigos, que halló dormidos y muy seguros, como hombres que no sabían nada de la pasada derrota. Cuando los Ambraciotes sintieron á la gente de Demóstenes pensaron que eran de los suyos, porque Demóstenes, con astucia para poderlos mejor engañar, había hecho marchar los primeros á los soldados Mesenios mandándoles que hablasen en lengua dórica con las centinelas que hallasen, y así lo hicieron, de modo que los enemigos fuesen de los suyos por la lengua y porque no los podían ver bien, por no ser aún muy de día, hasta tanto que todo el ejército de Demóstenes se reunió, y entonces todos á una atacaron á los Ambraciotes con tanto impetu, que mataron muchos y los demás huyeron, aunque de éstos el mayor número fueron muertos, porque se encontraban con los Amfiloquios que tenían tomados los pasos, sabían muy bien la tierra é iban armados á la ligera, de modo que alcanzaban pronto á los Ambraciotes, armados con armas pesadas. Los que querían huir por otros caminos y senderos iban á dar en rocas y peñas altas, donde los enemigos tenían puestas sus celadas, y allí los cogían y mataban. Algunos de ellos, buscando por donde escapar, llegaron á la orilla del mar que estaba cerca, y perseguidos por sus contrarios, al ver los barcos de los Atenienses que iban costeando, se lanzaban al agua y á nado iban hacia ellos; porque, saliendo que eran de sus contrarios, preferían caer en sus manos y no en poder de los Bárbaros ó de los Amfiloquios, que eran sus enemigos mortales. De esta manera fueron vencidos y des-

baratados los Ambraciotes, y casi todos muertos, excepto algunos pocos que se salvaron dentro de Olpas.

Después de esta derrota, los Acarnanes despojaron los muertos, levantaron trofeo en señal de victoria y volvieron á la ciudad de Argos, donde el día siguiente llegó un trompeta de parte de los Ambraciotes que se habían acogido á la villa de Agrida para pedirles los cuerpos de los suyos que habían sido muertos en el primer encuentro cuando salieron de Olpas con los Peloponenses sin licencia. Viendo este trompeta el campo lleno de muertos, se maravilló de donde podía ser tanta mortandad, no sabiendo nada del posterer encuentro, y creyendo fuesen los cuerpos de otros aliados hasta que uno de los enemigos, suponiendo que el trompeta iba de parte de los que habían sido derrotados en Idomene, le preguntó por qué se maravillaba, y cuántos pensaban que hubiesen muerto de los suyos, el trompeta respondió que cerca de doscientos, á lo que replicó el otro:—«¿No ves que en este trofeo hay armas y pertrechos, no solamente de doscientos, sino de más de mil que han sido muertos?» Entonces dijo el trompeta:—«¿No son de los que venían en nuestro escuadrón?» Respondió el otro:—Si son ciertamente los mismos que ayer fueron vencidos en Idomene. —¿Cómo puede ser eso?—pregunto, el trompeta—nosotros no peleamos ayer, sino que anteayer fueron muertos éstos á la salida de Olpas, porque iban sin salvoconducto.—Ciertamente—respondió el otro—nosotros peleamos aquí ayer contra los que habían salido de la ciudad de Ambracia para socorrer á los que estaban en Olpas.» Oido esto por el trompeta, y viendo la gran mortandad de los que habian venido de Ambracia en su ayuda quedó más espantado, y llorando muy atónito por tantos males como les ocurrían, se volvió sin hacer nada ni acordarse de pedir los muertos. Porque á la verdad esta fué una de las mayores pérdidas de gente que hudo en tan pocos días en toda aquella guerra, y no he querido escribir aquí el número de los muertos porque parecerá increíble y más grande que conviene á la importancia de aquella ciudad.

Una cosa sabré decir de cierto, que si los Acarnanes y Amfiloquios hubieran querido creer á Demóstenes y á los Atenienses tomaran entonces la ciudad de Ambracia por fuerza, pero temieron que si los Atenienses la poseían por suya serían peores vecinos que los otros.

Después de la victoria repartieron entre sí los despojos, de los cuales los Atenienses llevaron la tercera parte, y las otras dos las dividieron entre las ciudades confederadas. Los Atenienses no gozaron de ellos mucho tiempo, porque á su vuelta por mar se los quitaron en el camino. Los trescientos arneses enteros que se ven colgados en los templos de Atenas fueron los que cupieron á Demóstenes por su parte sola, que ofreció después de su entrada, la cual pudo hacer más seguramente y con más honra por causa de esta victoria que no antes por las pérdidas que sufrió en Etolia, según arriba contamos.

Cuando las veinte naves de los Atenienses volvieron al puerto de Naupacto y Demóstenes con su ejército vino Atenas, los Acarnanes y los Amfiloquios pactaron treguas con los Ambraciotes por medio de Salintio, rey de Agraida, para que durasen cien años, y dieron seguridad á los Peloponenses que se habían acogido á Agraida mezclados con los Ambraciotes, para que volviesen á su tierra. La forma y conciertos de las treguas fueron éstos: que los Ambraciotes no fuesen obligados á hacer la guerra contra los Peloponenses por los Acarnanes, ni los Acarnanes por los Ambraciotes contra los Atenienses, quedando sólo obligados á ayudarse mutuamente para la defensa de su tierra. Que los Ambraciotes restituyesen á los Amfiloquios las villas y lugares que tenían de ellos, y que en adelante no diesen ayuda ni favor alguno á los Anactorios que eran enemigos de los Acarnanes. Con este convenio dejaron las armas y se apartaron de la guerra.

A los pocos días llegó Jenoclides, hijo de Euricles, con trescientos hombres que los Corintios enviaban en so-

corro de los Ambraciotes, el cual con gran dificultad había podido pasar por tierra de Epiro.

Así sucedieron las cosas en Ambracia. En este invierno los Atenienses que andaban por la costa de Sicilia saltaron en tierra, y entraron en los confines de Imereá por la parte de mar, con los Sicilianos que venian por los montes, y habiendo hecho allí algunos daños pasaron por las islas Eolides, y volvieron á Regio donde hallaron á Pitodoro á quien los Atenienses habían enviado para caudillo de aquella armada en lugar de Laches, porque los tripulantes, y los Sicilianos que estaban con ellos pidieron á los Atenienses mayor socorro, á causa de que siendo los Siracusanos más poderosos por tierra, les era necesario ser tan fuertes por mar, que pudieran contrarrestar á sus enemigos. Por esto los Atenienses determinaron aparejar cuarenta naves para enviar socorro á sus compañeros, pensando que así la guerra acabaría allí más pronto. De esta armada enviaron primero unas pocas naves con Pitodoro para que supiese el estado de las cosas, y después debían enviar á Sófocles, hijo de Sostrátides, con las demás. Llegó Pitodoro, tomó el cargo de Laches y fué por mar al fin del invierno á socorrer á los que estaban en el cerco de Locros que Laches había tomado antes, mas siendo allí vencido en batalla por los Loquenses, regresó.

En la primavera siguiente salió fuego del monte Etna, que es el mayor de toda Sicilia, según otras muchas veces había salido antes, y quemó alguna parte de la tierra de Catanea que está situada al pie de este monte. Decían los moradores de la tierra, que en cincuenta años no había salido en tanta abundancia, y que ésta era la tercera vez que aquello sucedía en Sicilia, después que los Griegos fueron á habitarla.

Tales cosas ocurrieron en aquél invierno, fin del sexto año de la guerra que escribió Tucídides.